

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*Las Cuatro Majestades* (conclusion), por D.^a Angela Grassi.—*La flor del olvido* (poesía), por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Casarse por carambola*, por doña Micaela de Silva.—*¡Vaya un petardo!* por D.^a Camila Avilés.—*Teatros*, por D. Diego Rivera.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 831 bis.—*Grabado de Labores*, núm. 52.

REVISTA DE MODAS.



L fijarse definitivamente la Moda de invierno, parece ir entrando su aspecto general en un período de mayor sencillez y buen gusto. Ciertamente es que continuará la combinacion de encontrados colores para trajes de mañana; pero en cambio, los de paseo y visita serán como todos los característicos de invierno, ricos de severidad.

Empezaremos por consignar con harto placer que el miriñaque va perdiendo terreno visiblemente... Causa risa recordar que el invierno pasado eran necesarias siete varas de circunferencia á la falda de una mujer, si ésta no queria ser desdeñada en materia de moda! Hoy, la señora mejor vestida ocupa un espacio de cuatro varas en redondo. ¿Es qué ha desaparecido el miriñaque? ¡No tal! Es que ha entrado en condiciones mas aceptables, dejando caer el vestido plegado con naturalidad. Antes, al buscar una mujer, solo se encontraba el atavío: hoy, al buscar el traje, se repara primero en la mujer. Ellas han descubierto lo que les favorece este traje, y hé aquí esplicada la reduccion del miriñaque y la reduccion del sombrero. Además, si el exagerado miriñaque era soportable con los trajes de excesivo largo, es en cambio imposible con los trajes cortos, que van siendo indispensables para mañana. Y no creais, lectoras, que el traje corto es, como hasta aquí, una modificacion del traje largo: el corto se hace del largo necesario para descansar sobre la falda interior, habiéndose relegado por completo los pabellones, patas y pajes que los formaban. El tra-

je negro corto, como ya hemos indicado, recortado en ondas, picos ó almenas, sobre otra falda de color y sin mangas, para dejar pasar las del color de la falda primera, será lo mas generalmente adoptado, compitiendo con este traje otro, cuyos dos paños posteriores van abiertos en todo su largo, terminando en puntas, que se anudan sobre la falda interior. Estas son las dos últimas creaciones de la Moda, y no puede negarse que tienen el sello de la mas perfecta gracia y originalidad.

Para los trajes largos, se adopta la forma Imperio sobre la de sotana, porque resultando semejantes despues de hechos, ofrece el primero la ventaja de tener el cuerpo separado, pudiéndosele sustituir con otro escotado, cuando la necesidad lo exija. Por eso la forma Imperio es preferida á la de sotana, para trajes ricos. Respecto de adornos, los galones perlados y los flecos de azabache llevan la mejor parte, y especialmente para abrigos, chaquetillas, vestas sin mangas y demás prendas, que sin formar con precision parte de un traje, contribuyen á realzarle; no puede inventarse nada mas gracioso.

Las vestas con mangas ó sin ellas, verdaderos chalecos, están llamadas á hacer gran papel este invierno, y nada conocemos mas propio para las jóvenes que esas vestas separadas de adelante y sin manga, que permite la camiseta de batista ó de cachemir. Es atavío propio de los primeros años de la mujer, y destinado á realzar sus encantos en el teatro y el salon, cuando no sea de gran etiqueta la fiesta que en él tenga lugar. Hemos visto estas vestas, unas

en cachemir, otras en terciopelo, bien con mangas, bien sin ellas, y redondas como figaras, ó cuadradas, siempre sirviéndolas de complemento la camiseta flotante en muselina, alpaca ó cachemir. El adorno en esta clase de chaquetillas corre por todo su borde y sobre las costuras del hombro y costadillos, convirtiéndolas en un verdadero capricho de la Moda.

En abrigos, las dos formas indicadas en nuestra revista anterior, anchos y rectos ó marcando el talle con las costuras, se disputarán el favor de nuestras bellas. En estas dos hechuras hay infinidad de creaciones, que llevan su nombre cada cual para distinguirse, como se distinguen por su nombre los hijos de una misma familia. Nos abstenemos de darlos hoy á conocer, remitiendo á nuestras lectoras á las láminas que recibirán en el próximo Noviembre. Estos y los trajes de niños, cuyo figurin repartiremos también en breve, serán en el mes próximo el objeto de nuestras reseñas, aconsejando á la jóven y á la anciana la confeccion mas en armonía con su edad y circunstancias, y ofreciendo á la tierna madre variados modelos con que realzar la gracia de sus pequeñuelos. Entre tanto que llega para ellas ese agradable momento, les diremos, para entretener su impaciencia, que la forma sotana será la preferida para niños y niñas en su primera edad,

enriquecida con cintas perladas y flecos de azabache.

En sombreros podemos dar también una noticia agradable á nuestras lectoras: los últimos sombreros se han permitido ya crecer algo... poco, muy poco... ¡pero al fin algo! Que adquieran, aunque sea con timidez, mayor estension, y nuestras pobres orejas y nuestras mejillas se defenderán del rigor del invierno. Los últimos modelos se prolongan algo mas por los costados y por detrás, reuniendo la ventaja de ofrecer tan desembarazado el rostro como hasta aquí, sin dejar de ser sombreros. Algunos hemos visto ya en terciopelo y castor, pero el verdadero sombrero de otoño es el sombrero de tul negro bordado de azabache.

En las representaciones de nuestro teatro Real, verdadero templo del arte y de la Moda, se ha visto ya adoptado el fichú por algunas damas de nuestra primera nobleza: el fichú María Antonieta y el fichú cuadrado formado por entredoses y bullones, está llamado á realzar las gracias de la mujer en el próximo invierno, y de él nos ocuparemos con mas estension en nuestras próximas revistas, cuando toque el turno á los trajes de sociedad, con los que armoniza siempre tan distinguida prenda.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

CARTAS SOBRE LA EDUCACION.

LAS CUATRO MAJESTADES.

Epilogo.

Alisia permanecía trémula, confusa y silenciosa, mirando alternativamente á las cuatro Majestades, mientras el pájaro-hombre parecia ajitado de la mas viva inquietud, y pendiente de la primera palabra que iban á pronunciar sus lábios.

Pero Alisia calló durante mucho tiempo.

Luego se postró de rodillas, y oró con la fé ardorosa con que solia orar sobre la tumba de su madre.

Por fin levantando su rostro, inflamado por el amor y la fé, dijo con dulce tono:

— ¡Yo os admiro y reverencio, benéficas Magestades, que producís el bien por todas partes; pero no puedo dar á ninguna la palma del poder supremo, porque advierto que estais tan estrechamente enlazadas, que nada puede hacer la una sin el concurso de la otra! El fuego necesita combinarse

con el aire, con el agua, con la tierra, para producir sus maravillas, y lo mismo todas las demás potencias.

¡Oigo resonar en mi corazón una voz celeste que me grita: *Sobre estas cuatro Majestades hay otra Majestad oculta, sabia, infinita, que las rige con sus leyes y las dá su soberano impulso!*

¡Otra Magestad, á cuya orden salisteis de la nada; cuya orden puede devolveros al caos confuso y tenebroso.

Oigo una voz que me grita: Que el alma del hombre sobrepuja en belleza á vuestra belleza; sobrepuja en portentos á vuestros portentos, y que creada á semejanza de Dios, solo debe reflejar la imájen de Dios, solo á Dios debe rendir su humilde culto!

Esta voz, que resuena en los trinos de los pájaros, en los murmullos de las fuentes, en los gemidos de los ecos, en las armonías del cielo, grita sin cesar á mi alma: *¡Ama y bendice en las criaturas al Supremo Autor de cuanto existe!*

La niña al concluir de pronunciar estas palabras, apoyó su frente en el polvo!

Pero el pájaro soltó un grito de júbilo, transformándose en Arcángel; soltaron un grito de inmenso júbilo las cuatro Magestades!

¡El enigma estaba descifrado!
 La *fé* acababa de asegurar á la huérfana la corona inmortal que el amor la había tejido!..
 Al punto resonó por todas partes una armonía celeste; el verjel se iluminó con una luz vivísima; las nubes torna-

soladas descendieron hasta tocar la tierra, y arrebatando á Odin y á Alisia, los llevaron de estrella en estrella, de sol en sol, hasta el esplendoroso sagrario del Eterno.

ANGELA GRASSI.

FIN.

LITERATURA.

LA FLOR DEL OLVIDO.

Es el olvido una flor,
 Que dentro del alma vive,
 Cuyo influjo bienhechor
 Borra cuanto el tiempo escribe
 Con risa, llanto y amor.

Por ella el perdido bien
 No dá dicha ni congoja;
 Ella hace pasar también
 Del alma el rudo vaiven
 Que la ilusión ¡ay! deshoja.

No siempre al alma va unida
 Esa flor, dichoso don,
 Que á gozar del hoy convida,
 Cicatrizando la herida
 Del llagado corazón.

Hay almas que por correr
 Tras del bien que vieron ir,
 Halagan su padecer,
 Y en los recuerdos de ayer
 Se van dejando morir.

¿Sabeis lo que queda al ciego
 Corazón que nunca olvida?
 Una vida sin sosiego,
 Y allá en su fondo escondida
 Una lágrima de fuego.

Mas no podeis comprender
 Los que sabeis olvidar,
 El puro, inmenso placer,
 Que hace el alma estremecer
 Esa lágrima al brotar!

No vale todo el reposo,
 Con que nos brinda el olvido,
 El suspiro misterioso
 Que del corazón medroso
 Lanza el recuerdo escondido!

Es este mundo dejar
 Por el mundo del sentir!
 Es al pasado tornar,
 Y con su pena gozar,
 Y con su dicha sufrir!

Es del tiempo la medida
 Cortar con ánimo fuerte!
 Es la impresión recibida
 Dilatar toda una vida
 Buscando en ella la muerte!

Mas qué digo? No hay placer
 En donde anida el dolor!
 No dejes llanto correr,
 Aunque el alma á su calor
 Se estremezca de placer.

Olvidad! Fresca y lozana
 Se alza la flor del olvido,
 Brindando altiva y galana
 El bien que su cáliz mana
 Al corazón dolorido.

Y si el alma al abrirla
 Se hace digna de obtenerla....
 Vale el bien de disfrutarla
 La vergüenza de alcanzarla
 Y el baldón de merecerla!

Buscad la dichosa flor
 Que dentro del alma vive,
 Cuyo influjo bienhechor
 Borra cuanto el tiempo escribe
 Con risa, llanto y amor.

Sabeis lo que alcanza el ciego
 Corazón que nunca olvida?
 Una vida sin sosiego,
 Y allá en su fondo perdida
 Una lágrima de fuego!

JOAQUINA G. BALMASEDA.

CASARSE POR CARAMBOLA.

Al principiar el otoño de 1724, y en uno de los días en que mas picaba el sol del membrillo, dos viajeros caminaban un pie tras otro por el camino de Madrid al Escorial. Al verlos caminar tan escoteros, hubiérase dicho que iban á pasearse. Pero la hora, el sitio, el polvo que los cubría, el sudor que chorreaba de sus cabellos, y hasta su aire de cansancio, daban señales de que no paseo, sino jornada, era la que habían emprendido tan á la lijera.

Los dos aparentaban, poco mas ó menos, esa edad que algunos ricos menores aguardan con impaciencia, y en la que no pocas mujeres se plantan y dicen: ¡De aquí no paso!

Entrambos agradaban mucho á primera vista, el uno por lo altivo y galán, el otro por lo risueño y vivaracho, y ambos á dos por el indefinible atractivo que al rostro comunica la nobleza y hermosura del alma; en cuanto á la del cuerpo, diferían notablemente, y no era el segundo quien podía echar plantas de buen mozo. Era bajito, morenucho, picoso de viruelas, bastante feillo, y por añadidura patizambo; todo esto sin perjuicio de captarse las simpatías, merced á una espresion graciosa, benévola y festiva en su grado. Tenia su rostro esa extraña movilidad de facciones que las hace parecer tan variables como lo son los sentimientos y las ideas que las animan. Y como en la variedad está el gusto, y de gustos hay quien dice que nada se ha escrito, siquiera porque del nuestro no se diga otro tanto, diremos que tales caras, feas y todo, nos gustan mas que otras muy bellas, ó por lo menos muy vistosas, pero que si algo dicen, no es bueno, ó dicen siempre una cosa misma.

Si entonces, como ahora, el traje servia de poderosa recomendacion, el de nuestro amigo, lejos de recomendarle, parecia recomendarse á sí mismo, hablando por los codos, y hasta por las raidas costuras, que recordaban los muchos y buenos servicios que le habían prestado, así como las botas, cuyos remiendos, aunque no sin cierto disimulo, pedían una pronta y necesaria jubilacion.

Por lo que hace al otro viajero, si la fortuna le habia negado sus favores, la naturaleza le habia prodigado los suyos, de modo, que no era fácil cosa mirarle sin exclamar: ¡Qué hombre tan hermoso! Además, habíale marcado con tal sello de nobleza y distincion que, pendiente de sus hombros la manta de un mendigo, pudiera equivocarse con el manto régio.

No vestia con riqueza ni á la moda, y sin embargo, nuestro pobre y mal perjeñado viajero se distinguia por ese porte señorial que no se compra en la tienda como el vestido; el suyo era de paño gris, y completábale un airoso chambergo, por debajo del cual descendian sedosos bucles á rozar el cuello de un jubon abotonado hasta la barba, y no exento de las averías que con el tiempo y el uso deslucen al mejor paño y al mas rico terciopelo. Lo que si lucia el galán, era una suma pulcritud, una elegancia esquisita, inimitable, esa elegancia que no depende nunca del traje, y si del modo de llevarle.

El sol lanzaba sus rayos con tal fuerza, que las pedregosas llanuras aparecian como tostadas. Ni la mas lijera nubecilla empañaba el hermoso y deslumbrador azul del cielo; ni un árbol sombreaba las orillas del camino, solitario á la sazón.

—¡Válgame Nuestra Señora de las Nieves! exclamó el gallardo viajero: ¿si tendremos que pasar por las parrillas del santo mártir, antes de llegar á San Lorenzo? ¡Yo voy á derretirme!

—¡Y yo á volverme chicharrón! dijo el otro suspirando. El bendito Escorial parece que anda como los cangrejos, hácia atrás.

—Yo ni atrás ni adelante puedo ya dar un paso, y lo me-

jor será que nos sentemos á descansar hasta que refresque la tarde. ¿No te parece lo mismo, Fernando?

—Lo que me parece, amigo Enrique, es que no hallaremos sombra en este desierto, que á mi ver se deja muy atrás, en punto á lo estéril, al que habitaban los padres del yermo.

—Sin embargo, no faltan arbustos que brindan sombra á los grillos, y al pié de aquellas zarzas podremos escuchar su concierto, y acaso dormir la siesta.

Diciendo así, llegaron junto al zarzal, y ya iban á tenderse allí, lo mas cómodamente posible, cuando percibieron el ruido de unos pasos, y sino la forma, el bulto de una persona que al parecer los escuchaba.

—¿Quién anda por ahí? preguntó Fernando incorporándose, con algun sobresalto.

—No hay que asustarse, buen mozo, respondióle una voz, que por lo fresca y argentina nada tenia de alarmante; lo que anda por aquí no es el coco!...

—¡Válganos el Santo Abad, que fué tentado en el desierto! exclamó el aludido en tono jovial; esa voz es de mujer, y parece que no es vieja, ni tonta, ni fea.

—Ni asustadiza, por lo visto, añadió su compañero al ver salir de su escondite á una muchacha risueña y graciosa como la primavera, y como ella vestida de gayos colores.

—¿Gustan ustedes de refrescar? dijo la recién venida, presentándoles un cestillo de moras, no tan negras como sus rasgados ojos, y algunas majuelas, menos encarnadas que sus lábios entreabiertos, de modo que se veia lucir la mas preciosa dentadura que imaginarse puede.

—¡Muchacha! exclamó Fernando en tono de sorpresa. ¿Por qué milagro has venido á tropezar en nuestro camino?

—Perdonad, caballero, repuso la jovencilla con gracioso retintín. El camino es del Rey nuestro señor, y bastante ancho para que todos quepamos sin tropezar codo con codo. No es milagro encontrarse las personas en mitad de un camino.

—Pero, ¿qué haces en él á estas horas, y tan solita?

—¿No lo estais viendo? pasearme y coger majuelas y zarzamoras.

—Lo que tú cojerás, si te descuidas, es un buen tabardillo. ¡Malas horas eliges para tus paseos! ¿No tienes miedo al sol?

—Yo no; pero si ustedes se le tienen, ¿por qué no han salido de Madrid á la caída de la tarde?

—¿Cómo sabes tú que venimos de Madrid? ¿Eres adivina?

—No es necesario serlo; que han caminado ustedes viento en popa, bien claro lo está diciendo el polvo que llevan encima de la espalda.

—¡Tienes mucha razon! dijo Fernando sacudiéndose la ropilla; pero dime, beldad campestre, si no eres adivina, ¿qué cosa eres? ¿Acaso el hada protectora de los fatigados viajeros? ¿O sirena que procura extraviarlos? ¿Eres ninfa del Manzanares? ¿Napea fugitiva de los montes, ó salaman-dra que habitas en el fuego?

—¡Yo no entiendo esa gerigonza! repuso la interpelada encogiéndose de hombros; para saber lo que yo soy, basta mirarme.

—¡Tiene razon la gitanilla! exclamó el otro sonriendo, al ver los perendengues y relumbrones que adornaban el traje pintoresco, y los cabellos algo lacios de la hermosa desconocida.

—Es una gitana, exclamó el otro finjiéndose alarmado: si no supiera que mis bolsillos desmienten la opinion de Aristóteles, que negaba la existencia del vacío, apostaría que me habia robado.

—¡Robar! exclamó D. Enrique: ¡pobre criatura! es demasiado jóven para que sepa ya ejercer tan mal oficio!

—¡Vaya! ¡vaya! decirle á una gitana que no sabe robar, viene á ser lo mismo que decirle á un doctor que no sabe leer! ¿Verdad, niña, que ya eres maestra en el oficio?

—¡Phss! repuso la gitana sin darse por ofendida; no es fácil probárselo en esta ocasion.

—Si lo dices porque no llevo sobre mí nada que provoque tu codicia, te sobra la razon: mis bolsillos, á fuer de pintor, solo están llenos de manchas de todos colores: con decirte que soy aficionado á la poesia, está dicho que no tengo un cuarto.

—Pero teneis la fortuna de ir muy bien acompañado: sois amigo de un caballero tan hermoso como noble.

—¿Qué sabes tú si soy noble? preguntó el caballero mirándola con aire sorprendido.

—Eso se está viendo, repuso la gitana, quitándose una especie de chal ó mantilla que llevaba sobre los hombros, y con la cual formó una especie de toldo, estendiéndola sobre la zarza.

—¿Para qué haces eso? preguntóla D. Enrique al tiempo que admiraba la flexibilidad y soltura de aquel talle de ninfa.

—Lo hago para que no le dé á Vd. el sol en la cabeza, respondió la jóven con zalamera coquetería.

—¡Gracias por tu amable atencion! pero tú llevas la cabeza sin cubrir y el sol puede hacerte daño.

—¡A mí! ¡Quida! Mi cabeza no es tan delicada como la de Vd., ni mi cutis es tan blanco y tan fino como el suyo, y eso que todos me llaman Azucena.

—Te habrán puesto ese nombre por lo candorosa, dijo el pintor guiñando el ojo á su compañero.

—Yo estoy desde la niñez acostumbrada á sufrir los rigores de la intemperie, continuó diciendo la gitana, sin hacer caso de la maliciosa observacion. El dia y la noche me son iguales.

—¿Y por el dia y la noche vives sola?

—Yo no vivo sola: ¿veis aquella nube azulada que se levanta por encima de aquellos matorrales? Pues la forma el humo de nuestra lumbre. Allí están los gitanos disponiendo la comida.

—¡Saludo á los caballeros de Caco! dijo el pintor agitando el sombrero, que tan pronto le servia de pantalla como de abanico.

—¿Os halláis establecidos en esta comarca? preguntóla D. Enrique.

—No señor, contestó ella: los gitanos somos gente que no pára en ninguna parte; hoy estamos aquí, mañana estaremos en la corte, y despues, ¡sabe Dios adonde iremos!

Mientras charlaba iba la jóven recojiendo algunas ramas de beleño, y con ellas en el halda fué á sentarse frente por

frente de D. Enrique, y empezó á tejer una especie de guirnalda. En aquella postura oriental asemejábase á las magas del Oriente, que se complacian en preparar sus filtros con el jugo de las plantas venenosas.

Los dos amigos la miraban en silencio; de pronto hizo un gesto de repugnancia, y arrojando lejos de sí la guirnalda, exclamó:—¡Puff! ¡qué horribles flores! ¡huelen á muerto!

Cruzóse de brazos, clavó sus ojos en los de D. Enrique, y con ingenuo descaro le preguntó:—¿Volverá Vd. pronto á Madrid? Si el domingo que viene os hallára entre los que acuden á verme bailar en las afueras de la puerta de San Vicente. ¡Qué ufana me pondría!

—¿Luego bailas en público?

—Sí señor, y con muchísimo salero.

—¡Si vieran Vds. cuánto me aplauden! Yo soy muy conocida en las afueras de Madrid.

—¿Entonces sabrás acaso dónde se halla la taberna de Chinchilla? dijo Fernando, á quien divertia mucho la charla de la bailarina.

—¡Pues no lo he de saber! repuso con presteza: fuera de la puerta de Alcalá. Nunca pasamos por allí sin hacer alto.

—¡Me alegro en el alma! Si vas por allí algun domingo levanta los ojos y me verás asomado á la ventana de nuestro cuarto.

—¿Pues qué viven Vds. en el parador?

—Sí; hace dos ó tres dias que trasladamos allí nuestros penates. El aposento no es muy lujoso, no dormimos entre cortinas de seda.

—¡Bah! yo duermo al aire libre y sobre la dura tierra.

—Válgate San Juan de Dios, ¿luego eres tan pobre?

—¿Pobre yo? ¿Pues qué me falta? Los gitanos no son pobres aunque les den poco, y casi nada comprenden, la industria suple á todo. Verdad es que no buscamos tierras que sembrar, pero cosechamos; la gente honrada nos llama ladrones, vagabundos, mendigos. ¿Qué nos importa? ¡Ellos pagan el precio de sus injurias y maldiciones! La Justicia nos persigue sin cesar, pero nuestras piernas son mas largas que sus brazos. ¿Qué podemos echar de menos? Siempre vagando á nuestro capricho. Somos reyes adonde quiera que vamos, nadie nos detiene, como no sea nuestra propia voluntad. Las llanuras, los rios, los bosques nos pertenecen, puesto que nos brindan con cuanto necesitamos. En el estío los bosques nos dan sombra, en el invierno acampamos al sol, ó al abrigo de algunas peñas. Nuestra presencia lleva el gozo consigo; lo mismo en las ciudades que en las aldeas nos reciben con algazara, y todos acuden al reclamo de mis castañuelas. ¡Pobres gentes! Capaces son de pasar el dia sin comer por verme bailar, ú oirme decir la buena ventura. ¡Y siempre caminamos sin cuidados, sin tristeza, y sobre todo, sin miedo!

—¿No es esto, señores, una vida muy dichosa, muy alegre? En prueba de que os quiero bien os la deseo igual.

—¡Muchas gracias, morena! dijo Fernando con una sonrisa que no era del todo desdeñosa. ¿Quiéres decirme la buena ventura?

La gitana cogió entre sus manos la del artista, y púsose á mirarla con tan grave atencion, que ya el buen hombre no

las tenía todas consigo, y al ver cómo arqueaba las cejas, preguntó con acento mal seguro. ¿Qué ves ahí?

—Cien años de vida, contestó la gitana con indiferencia: llegareis á ser mas viejo que las cornejas, despues de haber experimentado grandes reveses en amor. Eso está escrito en esas líneas, añadió señalando á la estendida palma.

—¡Yo agradezco el horóscopo! ¡trataré de no casarme! Es un gran consuelo, el de no ser engañado sino en los amores volanderos; siempre queda el recurso de variar de infortunio variando de querida.

La gitana volvióse á D. Enrique, y fijando en él una mirada espresiva, preguntóle:—Y Vd., gallardo caballero, ¿no quiere que le diga la buena ventura?

Esa mano que tapa el guante por fuerza tiene que decir muchas cositas.

El galán encogióse de hombros, y mas por complacer á la gitana, que por curiosidad, quitóse con precaucion el recosido guante y le tendió una mano, que tomó ella entre las suyas, llevándosela, en muestra de respeto, á la frente. Señor, dijo despues de haberla examinado á su sabor. Hareis fortuna en la carrera de las armas; estais destinado á grandes honores. Sereis Grande de España de primera clase.

—¡Gracias! no creo en la prediccion, pero sí en el buen deseo que te la dicta. Sé que tu ciencia es vana, y aunque me pronosticáras el Vireinato del Perú, no lograrías ilusionarme.

La gitana hízose atrás, y miró de piés á cabeza á don Enrique; su espíritu sagaz é ingenioso, sugirióla una respuesta fundada en conjeturas; habia observado el porte señorial del viajero, su pobre y limpio traje, su mirada orgullosa, su triste sonrisa y su acento provincial; por lo cual aventuróse á decir con estremada volubilidad.

—¡Ah! ¡ah! ¿No cree Vd. en mi ciencia? ¿Piensa Vd. que no puedo adivinar lo futuro? Pues yo le hablaré á Vd. de cosas que sabe tambien como yo misma. Como yo misma, sí señor, porque desde que yo he visto esa mano y esa frente, le conozco mejor que si le hubiera tratado mucho en el mundo en que nos vemos hoy por vez primera. En otro mundo, añadió recalcando la frase, ¡creo haberle visto muchas veces! En este ha nacido Vd. en Astúrias, es noble como el Rey; pobrecito como Job; viene Vd. al Escorial en busca de un empleo que no tiene mucha esperanza de conseguir.

—¡Diantre! ¡Pues todo eso es verdad! exclamó el artista maravillado.

—Por la hebra se saca el ovillo, repuso D. Enrique sonriendo y en voz baja.

(Arreglo.)

MICAELA DE SILVA.



¡VAYA UN PETARDO!

Con dificultad se hubiera encontrado en el reino de Valencia mujer mas hermosa y mas envanecida con la limpieza de su sangre, que D.^a Mencía de Murviedro.

Una vez, al declinar la tarde, fuese al jardín huyendo del bullicio de la fiesta y el baile.

Qué insulsas me parecen esas danzas! decia entre sí. Qué insípidas las lisonjas que me prodigan cien galanes! Harta estoy de oír que me comparan al sol, á las estrellas y á las flores!

Todo, todo me cansa desde que le ví acercarse á mi reja y escuché sus palabras de amor. ¡Oh, cuán hermoso me pareció á la luz de la luna! ¡Cómo relucian sus negros ojos! Qué arrogante figura! pero á todo esto aun no sé cómo se llama: ¿Quién será ese amante desconocido cuya imagen no se aparta de mi memoria...

En esto pensaba D.^a Mencía, cuando al levantar los ojos hallóse frente á frente con el hermoso desconocido.

Mano á mano, y embebidos en amorosos coloquios, paseáronse á la luz de la luna. El viento acariciaba sus cabelleras; las flores les enviaban sus perfumes; las ondas murmuraban á sus piés, y el amante dijo:—¿Por qué tus mejillas se han teñido de tan vivo encarnado, hermosa mía?

—Me han picado los mosquitos. ¡Qué vichos tan molestos! Casi los odio tanto como á esos malditos judíos de nariz larga y torcida!

—Déjate de mosquitos y judíos, y dime otra vez que me amas; dime si tu corazón es todo mío.

—Tuyo, hasta la muerte! tuyo por entero! Nunca los caballeros cristianos....

—Déjate de cristianos y caballeros! exclamó el galán interrumpiendo la frase, y dime solo si no has amado á nadie mas que á mí.

—A tí solo, amado mío, pronta estoy á jurarlo.

—¿Y no jurarias en falso?

—Yo! exclamó la bella dándose por ofendida de la pregunta. ¿Piensas qué vengo de casta de moros ó judíos?

—Déjate de los moros y los judíos, mi bien amada, y hablemos solo de amor.

Y solo de amor hablaron, y de tal modo con el amor se distrajeron, que de todo se olvidó la noble D.^a Mencía, de todo... hasta de preguntarle quién era, y de dónde venia; y eso que tanto importa saber con quien se trata, y mas cuando se trata de amores.

De pronto se oyeron voces á lo lejos.

—Me llaman! exclamó D.^a Mencía, fuerza es que nos separemos... pero antes ¿no me dirás quién eres?

El galán besó la mano á la noble y altiva dama, sonrióse y dijo:—Señora, yo, vuestro amante... soy el hijo del muy docto y glorioso Isaác Leví, gran rabino de la sinagoga de Zaragoza.

CAMILA AVILÉS.

TEATROS.

Curiosidad viva, profunda ansiedad estaba llamada á despertar en el ánimo del público la extraña función en que debía aparecer el Sr. Zorrilla, sobre la escena del PRÍNCIPE. Así lo indicábamos en nuestra pasada reseña, ántes de realizarse tan inusitado acontecimiento, y así se ha verificado después.

Semejante suceso formará época en los fastos teatrales, no tanto por lo bueno cuanto por lo atrevido y nuevo. Un poeta insigne, de universal nombradía, que después de dilatada y voluntaria ausencia tornaba á la patria, medio actor medio bardo, para dirigirle personalmente la palabra desde las tablas de un coliseo; una composición singular que participaba del realismo más material y del idealismo más vaporoso; una lectura revestida de los encantos que prometían la obra y el lector, circunstancias eran todas éstas para excitar en admiradores é indiferentes el deseo más punzante de asistir á la solemnidad.

Ahora bien, realizada ésta como lo ha sido, ¿qué piensa respecto de ella el público? ¿Qué podemos decir sobre *El cuento de las flores* y sobre la personalidad de su autor, uno de los ejecutantes de la misma? Al contestarnos á estas preguntas el público y nuestra insignificante persona se hallan completamente de acuerdo: en el presente caso reina una conformidad general de opiniones pocas veces vista en acontecimientos que se rozan con el arte.

El cuento de las flores es una fábula dramática trazada con objeto de ofrecer ocasión oportuna para que el Sr. Zorrilla lea algunas composiciones líricas. ¿La ofrece adecuada? No, por lo extraño y singular del asunto. Componiéndose éste, según antes indicamos, de dos elementos diametralmente opuestos, á saber, lo más real y lo más imaginario, interviniendo en él por una parte unas flores animadas bajo la forma humana, y por otra los actores del mismo coliseo del PRÍNCIPE con sus respectivos nombres y apellidos; no habiendo idea común ó matriz que armonice y funde tan diversos componentes; resulta un todo heterogéneo, chocante y poco á propósito para la aparición del Sr. Zorrilla. Ciertamente que en medio de tan ineficaz producción hay rasgos felices y pasajes atrevidos, pero esto no impide aquel efecto general.

Pues bien, á pesar del resultado; á pesar de que, así como ahora nos sucede á nosotros, sucedía al público en la noche del estreno que no podía darse cuenta de lo que veía y relatar el argumento de aquella producción; era tan grande el respeto y cariño que le merecía el nombre del autor, que ni la más leve muestra de desagrado se hizo por nadie á la obra. Se aguardaba lo que sucedió. Salíó el poeta á las tablas y todo lo anterior se borró de la memoria, según lo dieron á entender las tres salvas generales de aplausos que apenas sin intermisión le saludaron.

Si *El cuento de las flores* como creación dramática fué poco feliz, la parte de lectura á que más ó menos justificadamente dió origen, alcanzó éxito brillante. En este punto

el poeta y el lector obtuvieron un triunfo. Las composiciones recitadas tal vez no resistan victoriosamente á la inspección de la severa crítica, pero tienen imágenes deslumbradoras, rasgos vigorosos, pasajes eufónicos que seducen la imaginación, conmueven el ánimo y embelesan el oído. La lectura del poeta les dió mayor realce porque contribuía á hacer olvidar algunas imperfecciones que en ellas podían adivinarse. Voz serena y clara, entonación natural, variedad de estilos, todo esto ostentó con suma discreción el Sr. Zorrilla: cuando revelaba ideas de carácter fantástico, su expresión era vaga y sin contornos definidos; cuando para ponderar la belleza de la tez de Rosa decía que para formarla

«desleyeron sus colores
un clavel y una azucena,»

su acento participaba de la admiración y del amor; cuando para dar idea de otras perfecciones menos visibles, por decirlo así, decía á la misma Rosa:

Una nube de occidente
que alumbraba el sol poniente
dió su sombra á tus pestañas,»

había en su palabra algo de ideal y confuso que sentaba muy bien á semejante comparación. En resumen: el señor Zorrilla desempeñó su parte de ejecución escénica á las mil maravillas. Los aplausos le interrumpían á cada paso.

Una cosa se nos ocurre: mayor podía haber sido esta victoria concretándose al mero papel de lector en los entreactos de cualquier drama suyo y no poniendo en escena una obra del extraño carácter de *El cuento de las flores*, de la cual se puede repetir lo que de ella dice el autor dentro de ella misma, si mal no recordamos:

«Porque el cuento en conclusion
no es más que la creación
del delirio de un poeta.»

Habiéndose verificado en tales condiciones la presentación del poeta favorito del público español, dicha solemnidad hubiera sido más sencilla, más modesta, y por lo tanto menos impropia de la elevada posición literaria en que brilla el insigne escritor.

Las circunstancias de la función verificada en el PRÍNCIPE á que acabamos de hacer referencia, han consumido la mayor parte del espacio de que podíamos disponer para hablar de las demás novedades teatrales. Así, pues, seremos por hoy muy breves en referir la impresión que nos ha causado el estreno de un drama ejecutado el viernes último en la ZARZUELA.

Titúlase dicha producción *Sueños y realidades*, consta de tres actos en verso y es original del discreto y elegante escritor D. Antonio Hurtado.

Esta obra, encaminada á poner en acción los principales sucesos que acompañaron el casamiento de la infanta

Isabel de Castilla, despues la grande Isabel la Católica, tiene el carácter de un melodrama francés escrito en correcta forma castellana. La hilacion novelesca de los sucesos, las tintas pronunciadas de algunos caracteres y los extraordinarios recursos que á veces figuran en la accion, hacen que al verlos se recuerden sin querer la produccion del citado género. En *Sueños y realidades* hay ciertas escenas falsas é inverosimilitudes visibles, pero las acertadas proporciones generales de la obra, los pasajes brillantes que la adornan y una versificacion constantemente buena y á veces excelente, contribuyen á que sea un espectáculo agradable al público que se ve con satisfaccion.

El Sr. Hurtado fué llamado con razon á las tablas al final de los actos segundo y tercero.

La ejecucion fué esmerada y llena de celo por parte de todos los actores, habiendo sido llamados á la escena los principales de ellos. Distinguiéronse las Sras Diez y Lamedrid, y entonaron el cuadro los Sres. Catalina, Casañé y Oltra.

La *mise en scene* atinada y espléndida. En este punto debió la representacion llevarse la primacia del aplauso.

DIEGO DE RIVERA.

LABORES.

La que hoy acompaña á este número está en armonía con las necesidades de la estacion. Es una zapatilla para señora, bordado en aplicacion sobre paño de color gris, con terciopelo negro ó morado, cordon de oro y de seda blanco, torzal blanco y del color del terciopelo, y seda de este último color.

El núm. 1 presenta terminada la labor, y el núm. 2 el dibujo de ella en tamaño mayor.

Se ejecuta poniendo en el bastidor un pedazo de lienzo, y sobre él el paño, sujeto por un hilvan en sus bordes, y sobre el paño se traza el dibujo de la zapatilla: la aplicacion que figura hojas unidas por sus extremos se recorta aparte, y se van fijando al fondo por medio de una disolucion de cola de pescado, sujetándolas alrededor con algunos puntos

ejecutados con seda de igual color, cubriendo despues todos sus bordes con cordoncillo de oro por un borde, y de seda blanca por el otro, sujetándole con seda morada ó negra, segun sea el terciopelo, cuyas puntadas cruzan sesgadas por encima del cordon. Terminado esto, falta solo bordar las estrellas, ejecutando con cada puntada un rayo, y un nudito en el centro. Las estrellas que en el grabado aparecen negras, se harán con negro ó morado, y el nudito blanco, y las otras blancas con el nudo de color contrario.

Esta zapatilla ó chinela, segun la presenta el núm. 1 ya terminada, no exige otro adorno que un rizado de seda alrededor. Como es un objeto de lujo y comodidad, deberá forrarse de seda, entretelándola con un picado á cuadros.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 831 bis.

Núm. 1. FORNARINA. Sombrero napolitano, de terciopelo epinglé, adornado su borde por delante de una cinta de color de grosella, que se prolonga en bridas atadas por detrás. Pluma blanca por delante.

Núm. 2. Cofia para recibir, cuyo fondo consiste en un cuadro de encaje de Cluny orillado de una *ruche* de tafetan verde: las bridas, iguales al fondo, van prendidas por detrás y flotantes, terminando la cofia por delante una rama de lilas blancas.

Núm. 3. Cofia de muselina moteada, para casa, con ala, de la que parten las bridas, y fondo rizado y atravesado por una guarnicion rizada: otra igual orilla la cofia y se riza por delante en forma de ochos, con una lazada de cinta morada en cada hueco.

Núm. 4. Sombrero postillon, de terciopelo verde con pluma blanca rizada por delante, y rodeado por detrás de cinta, que se prolonga en bridas, sujeta á cada lado por una flor de terciopelo. Velo blanco flotante por detrás.

Núm. 5. Cuerpo de muselina, plegado, con berta forma-

da por cinta azul rizada, que baja en forma de V hasta el talle, con otra segunda en feston, y un boton en el centro de cada onda. El cinturon con escarapela, la cartera de la manga de codo, el adorno del cuello y los grandes lazos de los hombros terminados por herretes, son de igual color á la berta.

Núm. 6. *Fichú*, terminado por picos, y formado por entredoses en zig-zás sobre pliegues del tul. Una *ruche* de cinta grosella la guarnece, y lazos de trecho en trecho.

Núm. 7. Otro *idem* bullonado, y separadas los bullones por cinta igual al biés que le guarnece con un entredos encima.

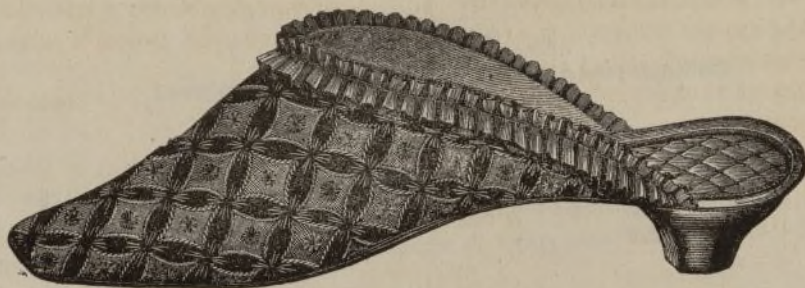
Núm. 8. Cuello y manga de holanda, adornados de botones de nacar.

Núm. 9. Juego semejante, bordado sobre muselina, á plumetis.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



MADRID.

Calle de las HUERTAS, núm. 57.

Núm. 52.